

# ME DA MIEDO LA PERSONA, LAS PERSONAS NO. NO HAGAMOS SUFRIR INNECESARIAMENTE

CARLOS DÍAZ

Miembro del Instituto E. Mounier



A parte de los miedos que conocemos hay dos que no queremos conocer: la llegada del *hombre sicilio* posthumanista y la del *apocalipsis ecológico*. Ninguno de los dos ha sabido la humanidad procesarlos ni asumirlos hasta el presente. Los acabo de tratar en mi reciente libro *Temor de hombre* (Editorial Mounier, Madrid, 2019), y a ellos remito. Hablemos, pues, del miedo a la muerte, que es el que más mata.

La muerte a veces viene demasiado antes de tiempo, otras demasiado tarde, pero siempre está contra nosotros esperando su turno. Tal vez te resistas, y entonces ocurre lo que le ocurrió a Jacob, el cual, después de haber pasado luchando denodadamente con el ángel durante toda la noche, aunque ya estaba derrotado, tuvo tanta virilidad, tanta *fuerte*, que pidió al ángel que le bendijera, y el ángel tuvo que hacerlo porque no sabía cómo desasirse del derrotado erguido. ¿Venció el vencedor, o venció el vencido?, ¿fue más fuerte el perdonador, o el perdonado? Ahora bien, una muerte perdonada es una vida resucitada, y esa es la vida que hay en la muerte.

Pero *la muerte viene en racimo*, como la vida se vive enracimada. La muerte del otro es también la tuya si ha formado parte de tu vida. Así que, cuando el exterminador pasa por la puerta de tu casa que, sin embargo, está señalada y protegida con la sangre del cordero, también los allí contigo acogidos siguen vivos por el indulto de tu acogida. *Acogida, don y perdón*: he ahí el primordio trinitario de la lógica del amor, más fuerte que la muerte. Mientras ellas vivan en ti, el sol y la muerte podrán ser mirados cara a cara con *prosaía*, a la vez prosa y poesía.

*Vida y muerte a la vez*. Si Borges no quiere seguir siendo eternamente Borges es porque ignora a Kierkegaard, filósofo danés que nos enseñó el valor de *la repetición* en una obrita homónima, pues *re-petir* significa *volver a pedir*. Don Juan Tenorio, incapaz de repetir, cada noche olisquea un catre distinto para disimular su aburrimiento genital. Pero la persona viva,

después del mucho escribir libros para la vida, anhe-la escribir el siguiente, aunque sea siempre un poco el mismo libro, el *Libro tibetano de los muertos*, y siempre conversa con los difuntos en un cementerio de muertos bien relleno. Aún más, el incapaz de conversar con su propia muerte ni siquiera vive su propia vida. Por lo demás, quien siempre cambia nunca cambia, pues reitera siempre el mismo acto de su no cambiar. ¿Está cansado Borges de ser siempre Borges? Pues no, Borges, nunca te bañarás dos veces en tu mismo río. Al maestro argentino le hubieran venido bien unos cursos de supervivencia con su correspondiente pedagogía de la frustración. Cada una de las cuatro estaciones sigue a la otra, gracias *maese Vivaldi*.

La muerte es *morir* sin que mi *morirme* se acabe, aunque no falten vendedores de *Seguros El Ocaso* para vendernos un cajón que, al fin oxidado, también desaparece. *Seguros Ocaso* no, *ocaso seguro* sí, *memento homo*. Aunque te des un atracón de muerte, debajo del asfalto está la playa, tras los barrotes de tu alma vive aquello que los trasciende. Tú, *mortuus nasciturus*, tú *quoque* y no sólo los otros, tendrás que verlos morir con los ojos de tu propia muerte; más aún, cuando se es amigo, la muerte del otro se ve venir.

\* \* \*

En realidad, todo *suicida* es *egocida* porque al matarse no mata al otro, sino a sí mismo. Además, quien ven-ce tampoco es él, *el muerto*, sino *la muerte*.

Esa decisión de salir por la puerta trasera del teatro a degüello (*decidere: degollar*) suele invocar el poder de la libertad para matarse a sí mismo, pero queda en la impotencia absoluta. Al rebanarse la garganta ejercita *su voluntad de poder-no-ser y de no-querer-ser después de no-haber-sabido ser ni esperar-seguir-siendo*. El decidido-degollado rechaza la vida propia, pero también la ajena, en la medida en que arroja su propio cadáver frío sobre quien o quienes le aman. Su cuerpo eventrado sobre el asfalto es la conclusión de una existencia que ya en vida había rechazado. Si en vida rehusó que le limpiaran la caca durante su invalidez, también en su muerte rechaza que su cadáver sea lavado, ¡como si hasta ese momento nadie hubiera lavado su caca, como si nadie le hubiera regalado cuerpo y sangre!

Y no sólo eso; él me arroja encima su cadáver y de este modo me condena a llevarlo siempre atado a mis espaldas, hasta que sus gusanos y los míos se fundan como en el Alto Egipto. Su tragedia pone punto final al

*nosotros*, y en ese momento se ha convertido en *ego-suicida*. Dice matarse para no hacerme sufrir, haciéndome sufrir. El suicida vuela la tapa de sus sesos, como si quienes le han amado o aún le aman no tuvieran nada que decir al respecto. Pero quien carece de la necesaria humildad para vivir del apoyo ajeno morirá solo y hediendo, aunque sea en un departamento lujoso de la quinta avenida neoyorquina.

\* \* \*

Contra ese *vivicio* hay que vivir lo más contento posible para resucitar lo más feliz que se pueda. Sólo hay una manera de equivocarse: hacer daño al otro y a sí mismo a corto o a largo plazo. Asumamos sin dejarla fuera la vida que late dentro de nosotros. Afrontemos el miedo, pues de lo contrario él nos echará de nuestro mundo y del mundo de los otros, se instalará en nuestro cerebro como un monstruo verde y viscoso que nos *des-vive* con nuestras conductas de evitación. Pero no. Aunque nos tiemblen las rodillas, que nos tiemblen donde nos tengan que temblar, pues la valentía no es carecer de miedos, sino poder controlarlos y superarlos. Con el miedo se nace, pero también el miedo se hace. Y, cuando llegamos a hacerlo irracional, excesivo, desmesurado, desproporcionado, él nos deshace.

Hay que pedir ayuda y ayudar. Estuviste recluso en un campo de concentración como Auschwitz, no importa: ponte la bata de sanar y sal a consolar *de tal modo que el principio de identidad de tu yo sea el sufrimiento del tú*. La clave está en echarle valor y *convertir las fobias en filias*. A esto podría denominárselo *renacer*, nacer de nuevo, vinos nuevos en odres viejos. Algo nuevo está naciendo en ti y tienes que alimentarlo y cuidarlo.

Has pasado toda tu vida dando lecciones, y ahora cuando te toca a ti te desmoronas todo entero. Pero sigues siendo plástico, hay en tu debilidad ternura y en el pecado capacidad de perdón. Tienes un endoesqueleto frágil (lo que tú básicamente eres por dentro) pero también un exoesqueleto rígido que usas para relacionarte con los otros. ¿Podrías aprender a vivir de nuevo, a renacer, con la entera plasticidad de tu ser universo y pluriverso, es decir, *unipluriverso*? Deja que tu nieto te diga en caso de temblores: «Abuelito, vámonos, que te están dando miedo los leones». Al cabo no eres Angela Merkel. Vamos, no bebas ya más cerveza para huir, que te estás poniendo borroso. Y en cualquier caso deja la *comunicosis*, la infoxicación, el móvil, pues en *Google* pides un vaso de agua y te cae una catarata, lo cual asusta. Bebe poqui-

to, como lo hacen las gallinas: mirando para arriba de cuando en cuando.

\* \* \*

*Y que la última palabra que recuerde al morir sea ésta: perdón. Resulta imposible compadecerse con alguien de algo sin la dolorosa experiencia del perdón que resulta de haberlo otorgado sinceramente a otro que no se lo merece en absoluto, sobre todo cuando perdonar significa renunciar al derecho (objetivamente merecido) a tener sobre él la última palabra, porque el carácter subjetivo del perdón no anula la objetividad de la ofensa. Se trata de una experiencia dolorosa, pero el perdón verdadero se alegra incluso de que le vaya bien al perdonado que no se lo merece. Por eso, si el perdón entraña sufrimiento por parte de quien, corazón duro, pudiendo ganar pierde, entraña también gozo cuando se pierde por amor como alma bella. El perdón no es un mero ajuste de cuentas, y mucho menos un pacto conmutativo o sinalagmático entre deudores igualados por su deuda, es una sanación en la raíz que sólo los mejores pueden permitirse regalando sus derechos en favor de quienes no los tenían hasta ese momento. Semejante sanación es profundamente terapéutica y al propio tiempo sumamente ilógica, es la ilógica lógica del bien que está por encima de la lógica lógica propia de la ley del talión. Es una ruptura de la razón y al propio tiempo una sublimación de la misma. Y por eso quien renuncia al derecho por amor en favor de un amor sin derechos es una buena persona, lo que Platón denominó un justo: aquel que por todos los hombres es capaz de padecer muerte, y muerte de cruz. Y lo que anteriormente los judíos habían denominado zaddik, el que junto a otros veintinueve sostiene el dolor del mundo. Y lo que el budismo denominó bodissatwa, aquel que pudiendo alcanzar la budeidad e ingresar para siempre en el eterno nirvana permanece voluntariamente en el mundo cruel para ayudar al acceso al nirvana a los todavía pecadores.*

Ahora podemos entender mejor por qué Emmanuel Kant, más allá de la fracasada dialéctica trascendental de su crítica de la razón pura, resolvió afirmar que si Dios no existiera los malos se burlarían de los buenos al no ser castigados, y que un mundo sin justicia ni amor no tendría sentido. Y ahora se comprende también mejor el porqué de los odios de los malos a los buenos: porque, incapaces de imaginar tanto amor en los buenos, se ven condenados a sí mismos y ahogados en el agua de su propia estimación, como Narciso. Perdonar no es disculpar, *dis-culpe* significa *no me considere culpable*. El perdón no puede ser una sofronización de superficie, como tampoco una paz indigna. El perdón generará guerra en los violentos, en los cobardes, en los neutrales, en los satisfechos, en los muertos, en los vivales, en los endiosados, en los terminados terminales por creerse demasiado perfectos, en los flemáticos, en los moluscos. Seguir en pie para abrir futuro: sólo el perdón es capaz de abrir futuro. En pie y al mismo tiempo arrodillado, perdón por tantos fallos en primera persona.

Señor... Ayúdame a decir la verdad delante de los fuertes y a no decir mentiras para ganarme el aplauso de los débiles. Si me das fortuna, no me quites la razón. Si me das éxito, no me quites la humildad. Si me das humildad, no me quites la dignidad. Ayúdame siempre a ver la otra cara de la medalla. No me dejes inculpar de traición a los demás por no pensar igual que yo. Enséñame a querer a la gente como a mí mismo y a no juzgarme como a los demás. No me dejes caer en el orgullo si triunfo, ni en la desesperación si fracaso. Recuérdame que el fracaso es la experiencia que precede al triunfo. Enséñame que perdonar es un signo de grandeza y que la venganza es una señal de bajeza. Si me quitas el éxito, déjame fuerzas para aprender del fracaso. Si yo ofendiera a la gente, dame valor para disculparme, y si la gente me ofende, dame valor para perdonar. ¡Señor... si yo me olvido de ti, nunca te olvides de mí! (Mahatma Gandhi). 